

EXTRANJEROS EN SU PROPIA TIERRA. LA TEORÍA DE LOS QUILMES CHILENOS (TUCUMÁN, 1883-1918)

FOREIGNERS IN THEIR OWN LAND. THE CHILEAN QUILMES THEORY (TUCUMÁN, 1883-1918)

Christophe Giudicelli* <https://orcid.org/0000-0001-8179-986X>
Sandra Tolosa** <https://orcid.org/0000-0002-8746-6393>

Resumen

El presente artículo pretende analizar los fundamentos de la teoría del origen chileno de los indios quilmes, en el incipiente campo de estudios sobre "lo calchaquí", desde la década de 1880 hasta que entró en desuso e incluso, fue finalmente desestimada por su creador, Samuel Lafone Quevedo, a principios del siglo XX. Dichos fundamentos se encuentran conectados con tres preocupaciones centrales para la época: la búsqueda de una civilización prehispánica notable, que pudiese anclar la legitimidad de la Nación en una larga duración, americana, más allá de la colonia; el paralelo desmedro de los pueblos indígenas contemporáneos a los investigadores; y la influencia del contexto de disputas territoriales con Chile, que en esa época sostuvo momentos de gran tensión. Curiosamente, dicha teoría que parecía olvidada volvió a surgir muy recientemente en un contexto de explotación turística de la ciudad sagrada de los Quilmes. Al indagar en el origen de esa narrativa, este trabajo llama la atención sobre el peligro que entraña, en un contexto político en el cual adjudicar un origen chileno a comunidades indígenas argentinas puede ser problemático para las mismas.

Palabras clave: teorías antropológicas; aloctonía; Valles Calchaquíes, indios quilmes; límites territoriales

Abstract

This article aims to analyze the foundations of the theory of the Chilean origin of the Quilmes Indians, in the incipient field of studies on "the Calchaquí", from the 1880s until it fell into disuse and was even finally dismissed by its creator, Samuel Lafone Quevedo in the early twentieth century. These foundations are connected to three central concerns of the time: the search for a remarkable pre-Hispanic civilization, which could anchor the legitimacy of the Nation in a long, American duration, beyond the colony; the parallel undermining of the indigenous peoples contemporary to the researchers; and the influence of the context of territorial disputes with Chile, which at that time had moments of great tension. Curiously, this theory, which seemed to have been forgotten, has recently reappeared in a context of tourist exploitation of the sacred city of the Quilmes. By investigating the origin of this narrative, this paper draws attention to the danger it entails, in a political context in which the attribution of a Chilean origin to some Argentine indigenous communities can be problematic for them.

Key words: anthropological theories; allochthony; Calchaquí Valleys; Quilmes Indians; territorial limits.

Fecha de recepción: 13-12-2022 Fecha de aceptación: 22-12-2023 Versión final: 28-02-2024

Durante la década de 1880, cuando comenzaron los estudios sobre el pasado de los Valles Calchaquíes, se elaboró una teoría que tuvo vigencia durante más de tres décadas. Postulaba un supuesto origen chileno de aquellos indios quilmes que, en el siglo XVII, fueron deportados de sus tierras en calidad de rebeldes calchaquíes por los hispano-criollos, después de la última de las "guerras calchaquíes", para luego ser considerados extintos¹.

Pese a que la teoría fue finalmente descartada por su mayor impulsor, en la primera década del siglo XX, es posible, sin

embargo, reconocer algunos de sus rasgos en ciertas narrativas actuales sobre los quilmes del pasado, que retoman la idea de que no eran oriundos de los Valles Calchaquíes, sino que habían llegado desde "el otro lado de la cordillera", sosteniendo así la vigencia de la teoría decimonónica.

En este artículo analizaremos los fundamentos que llevaron a la aceptación generalizada de dicha teoría de fines del siglo XIX, en conexión con tres preocupaciones centrales para la época:

Primero, el afán por encontrar una ascendencia indígena notable para la identidad nacional y, en ese sentido, la

¹ El primer siglo de existencia de la provincia colonial del Tucumán fue marcado por tres grandes sublevamientos indígenas en el corredor interandino conocido como Valles Calchaquíes: en 1562-1564, 1630-1642 y 1658-1665

* Sorbonne Université-CLEA-CHAC, París, Francia. Correo electrónico: christophe.giudicelli@ehess.fr

** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín. Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: cahsandra@gmail.com

invención de una gran civilización prehispánica propia, vinculada, a su vez, con pueblos considerados de “alta cultura” (Giudicelli 2015).

Segundo, en relación inversa con el punto anterior, la estigmatización, invisibilización, asimilación o el directo aniquilamiento de las poblaciones indígenas contemporáneas a los investigadores, poco propicias a sus ojos, para la construcción de una nación blanca y homogénea (Briones 2002).

Y tercero, el contexto de disputa por los límites territoriales con Chile, que alrededor del cambio de los siglos XIX-XX, alcanzó altos niveles de conflictividad entre los Estados y que, además, en la zona del Noroeste en particular, se nutría de una histórica rivalidad colonial.

Interesa comprender cómo estos tres factores pudieron haber incidido en el esmerado triple protocolo científico desplegado por la incipiente “calchacología”, para apuntalar el debate sobre la supuesta aloctonía de los quilmes, que constaba de: una lectura minuciosa de una de las escasas fuentes históricas disponibles, como sustento veraz de los hechos históricos a los que los quilmes fueron sometidos; el estudio de vestigios arqueológicos y lingüísticos, como forma de delimitar rasgos culturales particulares; la búsqueda de pruebas de “racialidad” en estudios antropológicos y craneométricos y, por último, plantearemos las implicancias de sostener vigente este debate, a más de un siglo de su caducidad, en el marco de la “chilenización” de otros pueblos indígenas de Argentina -como el mapuche-, utilizada como argumento xenófobo, que apunta a demarcar su falta de derechos en el país.

Los quilmes: Castigados, Extintos y Extranjeros

Desde fines de la década de 1870, los “descubrimientos” arqueológicos producidos en distintos puntos de los valles Calchaquíes (Leguizamón 1876 a y b; Pringles 1876 a y b; Liberani y Hernández 1950 [1877]) inauguraron, al llegar a Buenos Aires, el interés por “lo calchaquí”, que rápidamente se volvería un tema casi exclusivo, para un sector importante de las incipientes ciencias arqueológica y antropológica (Tolosa 2021). Los objetos, relatos y gráficos sobre las ruinas de los valles daban cuenta de un alto grado de civilidad de sus antiguos pobladores, manifestado en el sistema constructivo de sus ciudades, en la compleja iconografía de sus ceramios, en su conocimiento de la metalurgia y en la hipótesis de la existencia de un tipo de escritura antigua, que podría permitir trazar vínculos con otras culturas de la antigüedad, incluso intercontinentales (Ameghino 1879). Se llegó a elucubrar, en particular, un parentesco con el antiguo Egipto. Una vez desestimada dicha hipótesis, las siguientes discusiones atendieron a la aparente contradicción suscitada entre esos elementos, propios de una cultura avanzada, y las descripciones sobre la barbarie de los

calchaquíes, aportadas por las distintas fuentes históricas en circulación entre sabios, en Buenos Aires.

Desde mediados del siglo XIX, el dramático episodio de la desnaturalización, en 1665, de los quilmes, conducidos a pie hasta la ribera del río de la Plata y la posterior desaparición de su pueblo de reducción, se había revitalizado gracias a la publicación de dos tipos de fuentes históricas que autorizaban la veracidad del relato. El primero fue una serie de documentos relativos a las “reducciones indígenas”, publicados por Manuel Ricardo Trelles, desde 1859, en su *Registro Estadístico de la ciudad de Buenos Aires*. Allí se pudieron seguir los censos realizados en la reducción “Exaltación de la Cruz de los indios Quilmes”, entre 1667 y 1730, que constataban fehacientemente, la paulatina extinción del grupo étnico. El segundo documento que recordaba, ejemplar y detalladamente, la derrota indígena fue el relato del cronista oficial de la Compañía de Jesús, Pedro Lozano (1697-1752), escrito hacia 1745 y publicado por Andrés Lamas, en Buenos Aires, entre 1873 y 1875. La crónica de Lozano, devorada por los primeros “calchacólogos”, enfatizaba el dramático y merecido fin sufrido por los quilmes más rebeldes, cuya obcecada hostilidad contra Dios y a la Corona, les habían deparado el castigo más duro: el destierro a miles de kilómetros de su tierra natal.

Los quilmes constituían el ejemplo más visible de la extinción general de los calchaquíes, a la vez que el símbolo por excelencia de la derrota y la desnaturalización indígena, por haber sido el último grupo pacificado en las campañas de mediados del siglo XVII. La ciudad, que aún lleva su nombre en el sur del conurbano bonaerense, recuerda el destino final de las doscientas familias relocalizadas *manu militari* por las autoridades del Tucumán, para honrar el contrato firmado con el presidente de la Audiencia de Buenos Aires, quien había contribuido a la financiación de la última campaña militar en los Valles Calchaquíes, en 1664-1665 (Palermo y Boixados 1991; Carlón 2007).

Ahora bien, ¿cómo congeniar a los belicosos quilmes históricos que enfrentaron a los hispano-criollos con aquellos hábiles arquitectos de las ruinas, merecedores de formar parte del digno patrimonio nacional? (Giudicelli 2011). En particular, el “redescubrimiento” de las ruinas de la antigua ciudad de Quilmes (Lafone Quevedo 1883), permitía observar un grado de cultura avanzada que desentonaba con el salvajismo destacado por Lozano.

Una solución posible fue plantear la teoría de unas invasiones bárbaras que, en tiempos remotos, habrían aniquilado a los verdaderos y originales constructores de las ruinas. Esta idea contribuyó a fundar un juego sistemático de oposiciones conceptuales entre pacíficos/belicosos, constructores/intrusos, sedentarios/nómades y autóctonos/extranjeros.

Esta grilla de lectura, si bien regía para la totalidad de los calchaquíes, cobró singular relevancia para la parcialidad quilmeña, considerada especialmente indómita.

En razón de lo antedicho, a partir de la década de 1880, se comenzó a formular una narrativa sobre un posible origen alógeno de los quilmes, gestada al calor del entusiasta consumo del relato sobre su rebeldía ante el sojuzgamiento colonial, que dio lugar a una extendida serie de posiciones y debates, enmarcadas en el auge de las teorías difusionistas y la búsqueda de relaciones entre “grandes” culturas antiguas.

Además de la particularidad de la contradicción histórica entre los quilmes de las crónicas y el refinamiento de los vestigios arqueológicos, el caso presenta otra arista interesante, ya que permite percibir la imbricación de los diferentes planos analíticos utilizados por los investigadores, en su búsqueda de un método de estudio específico y completo que lograra saldar dicha contradicción. En este sentido, y en el marco de un periodo constitutivo de las disciplinas arqueológica y antropológica en el país, se conjugaron el estudio de artefactos y ruinas, la medición y comparación de restos humanos, la lectura de fuentes coloniales -cuya publicación se iba ampliando paulatinamente- y los estudios filológicos, como campos que aportaron datos específicos a la veracidad de la teoría.

Sin embargo, existen sólidas razones para pensar que la pretensión de objetividad científica pudo haber estado influida por el contexto histórico, político y territorial, en tanto que los mismos investigadores que construían teorías sobre los indígenas, conocían los litigios fronterizos e, inclusive, participaban del estudio de límites, utilizando también la lectura de fuentes coloniales para fundamentar la construcción de soberanía nacional.

Genealogía de la Teoría y Protocolos Científicos de Contrastación

La teoría de los quilmes chilenos tuvo su auge entre 1883 y 1919. La piedra de toque de la discusión académica fue el estudio de Samuel Lafone Quevedo publicado en *La Nación* en 1883. En su primera carta, el empresario minero e incipiente arqueólogo cita:

Existe en la tradición en los cronistas de que estos Quilmes eran una tribu chilena que, huyendo de la conquista cuzqueña, fueron a dar a los bañados que formaban la zona neutral que separaba el valle de Yocavil o Yocahuil, dependencia de los Incas, del de Calchaquí donde el saber estratégico de los generales del Inca habían colocado su fortaleza para dominar todo el país (Lafone Quevedo 1888:5)

Lafone Quevedo confirma esta afirmación prospectando la zona a caballo, especialmente las 8 leguas que van “desde

Quilmes hasta Encamana” (1888:5), a fin de ubicar los pueblos citados por Lozano. Determina así, que las ruinas de Quilmes eran únicas en la región. La distinción radicaba, por un lado, en la “igualdad republicana” que sobresalía en Quilmes (1888:4) respecto de otras edificaciones incaicas con murallas, fortificaciones y diferencia jerárquicas entre las viviendas, como el pucará del Aconquija o el pueblo de Malli-Inga. Por el otro lado, en la disposición, tamaño y funcionalidad de las casas que, según su interpretación “presentan en sí un laberinto que á no dudarle fue una de las causas que hicieron fracasar allí todo el poder de D. Alonso Mercado y Villacorta en su primer entrada al valle de Calchaquí” (Lafone Quevedo 1888:3). Una vez comprobada la singularidad de las ruinas, Lafone Quevedo pasa a inferir que con “un examen prolijo y de planos levantados se llegaría a establecer la semejanza de este pueblo con otros que se hallan en la costa del Pacífico, descriptos por Ulloa en sus viajes”, de lo que deduce directamente “la exactitud de la leyenda que atribuye la procedencia de aquellos” (Lafone Quevedo 1888:5).

Así, Lafone contrasta a Lozano, su fuente de partida, con otros escritos que brindan descripciones más concretas y también con sus propias observaciones empíricas de las ruinas arqueológicas. No conforme con esto, propone otra forma de confirmación de sus hipótesis: “un examen de los restos exhumados podría probar la identidad de unas y otras; y su comparación con los cadáveres enterrados en todo el valle no podría menos que dar resultados interesantísimos para el estudio de las varias razas que han poblado aquella región” (Lafone Quevedo 1888:5). Y aunque Lafone Quevedo reconoce que el método de cruce entre fuentes y materiales, no arroja una conclusión del todo firme, al menos le permite afirmar que “no está probado que los Quilmes fuesen Calchaquíes y hay una tradición que los hace aparecer como raza del Pacífico; así quedan por ahora en calidad de lunar” (1888:8).

Pese al poco sustento explicitado en esta afirmación, la gráfica teoría del *lunar* quilmes de Lafone Quevedo, formulada en 1883, no fue discutida en su momento. Más aún, sirvió de base axiomática para los estudios posteriores, incluso hasta la segunda década del siglo XX. En adelante, todos los especialistas se esmerarían en explicar, develar o discutir, el origen o los motivos de la instalación de esos *extranjeros* en los valles Calchaquíes.

Juan Bautista Ambrosetti, por ejemplo, en su texto *La antigua ciudad de los Quilmes* (1897) ratifica la teoría acuñada quince años antes por Lafone, a partir su lectura de tres páginas de la crónica del padre Lozano, que referían a la derrota y desnaturalización de los quilmes, en 1665, ante las tropas hispano-criollas del gobernador del Tucumán Alonso de Mercado y Villacorta. Insiste en la singularidad de los quilmes en el conjunto calchaquí:

[...] ahí están las ruinas colosales de su ciudad, las que, como disposición y por la abundancia de edificios circulares, son únicas hasta ahora en su género, demostrando con ésto que sus constructores poseían cierto grado de cultura, independiente de la de aquellos, que parecía obedecer a **leyes especiales de atavismo seguramente exótico** (Ambrosetti 1897:34 [énfasis nuestro])

Por otro lado, siguiendo a Lafone Quevedo, agrega la necesidad de la prueba racial para terminar de confirmar la hipótesis de una diferencia étnica radical, a través del estudio de cráneos exhumados *in situ*:

Entre las colecciones que en esta última expedición hemos reunido, vienen siete cráneos de Quilmes, los que, junto a los otros ya existentes en los museos, **podrán decirnos algo de las diferencias étnicas que hayan existido entre los Quilmes y los Calchaquíes** (Ambrosetti 1897:34 [énfasis nuestro])

Ambos ejemplos muestran la organización de distintos elementos probatorios en el protocolo científico de la época, cuyo método de contrastación merecía la suficiente confianza, como para fundar toda una teoría sobre un grupo supuestamente extinto. Dicho método había sido estrenado en 1879, por Florentino Ameghino, en el Congreso Internacional de Americanistas en Bruselas, en un trabajo titulado *Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina*, justamente a propósito de los recientes “descubrimientos” en la zona calchaquí. En esa exposición, Ameghino comparaba:

- las “piedras pintadas”, graficadas en el Álbum de Liberani y Hernández (1877).
- los objetos y las descripciones de las estructuras arquitectónicas.
- las fuentes históricas, en particular las crónicas de Garcilaso de la Vega y la “muy extraña” de Montesinos, que Vicente Fidel López había publicado unos años antes, dos textos que funcionan como autoridades indiscutibles para la época.
- las pruebas proporcionadas por la craneología.

Los cráneos encontrados recientemente en Catamarca, Salta y Tucumán, nos demuestran que la Calchaquí era una raza caracterizada por una braquicefalia exagerada. Las exploraciones de mi apreciable colega, el señor Moreno, Director del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, prueban a su vez, hasta la mayor evidencia, que los Calchaquíes fueron precedidos por otra raza caracterizada por una dolicocefalia exagerada, que conocía ya el uso de los metales y había alcanzado en el arte cerámico un alto grado de perfección (Ameghino 1879:417).

Ya mencionamos que fue en particular el álbum de Liberani y Hernández (1877) lo que derivó en el debate sobre la existencia de un antiguo sistema de escritura indígena vinculado con otras civilizaciones antiguas, puntapié de la incipiente “calchacología”, a su vez tributaria de las entonces hegemónicas teorías difusionistas. Al momento de comunicar los hallazgos de Liberani, en la *Revista de la Sociedad Berlinesa de Antropología*, el director del Museo Público de Buenos Aires Germán Burmeister los asoció a los calchaquíes, aunque dejó asentada su oposición respecto de que los petroglifos fueran inscripciones jeroglíficas, dado lo heterogéneo e irregular de los signos (Burmeister 1876:357).

Ameghino también rechazó la hipótesis egipcia, aunque reconoció que podría tratarse de una antigua escritura peruana, mencionada por Montesinos² cuyo uso fue proscrito por los incas (Ameghino 1914 [1879]:375). Por otro lado, las piedras grabadas eran evidencia de la posesión de sistemas de escritura en los pueblos sudamericanos, ya reconocidos para México y América Central) (1914 [1880]:407), que podría comprobarse comparando muestras de arte rupestre de todo el continente, fuentes históricas sobre métodos aborígenes de conservación de información y estudios lingüísticos y toponímicos³. El caso calchaquí le servía a Ameghino como otro eslabón de su teoría sobre la existencia de antiguas y avanzadas poblaciones autóctonas en todo el territorio argentino:

hasta en las mismas llanuras de la provincia de Buenos Aires en donde no se encontraron más que tribus de indios sumamente atrasados, parece que han existido en otros tiempos poblaciones más adelantadas, pues en diversos puntos he encontrado rodajas de arcilla endurecida y agujereadas que, indudablemente, como las de Catamarca de formas raras y de uso desconocido, ollas y vasos provistos de manijas y asas extrañas, primorosamente labrados, y otros muchos objetos que denotan la existencia en otros tiempos de una civilización más adelantada que la de los Querandíes y Pampa (Ameghino 1913:202⁴).

2 “Montesinos en sus Memorias etc., habla de un antiguo rey del Perú que prohibió el uso de la escritura. Innumerables son los impugnadores de Montesinos, pero ignoran sin duda que Garcilaso de la Vega, Inca él mismo, dice en sus “Comentarios Reales” que los Incas prohibieron el uso de la escritura; y esta es la prueba más evidente de que era conocida antes de la conquista” (Ameghino 1914 [1880]:372) Ameghino cita la pertinencia de la fuente de Montesinos muchos años antes que fuera defendida por Lafone Quevedo (1891:360-371, entre otros)

3 En esta línea, comparando la escritura de signos del sur y el uso de quipus en el Norte, planteó una lucha entre esas civilizaciones, que habría culminado con la victoria del “pueblo de los quipus”.

4 Aunque se tiende a ubicar en la década siguiente el trabajo sistemático de relación entre estos datos, ya a mediados de 1870 documentos históricos y etnográficos eran utilizados en las argumentaciones. Ver por ejemplo el debate entre Manuel Trelles, Moreno y Burmeister sobre el origen guaraní de los indios querandíes, citado en ASCA 1876(2):99-100.

Mediante la contrastación entre las fuentes escritas, el material arqueológico recolectado y la observación y medición de cráneos, Ameghino propuso entonces una secuencia completa de razas y grupos: (1) raza contemporánea de la fauna extinta; (2) pueblo ignorante de los metales; (2) (sic) raza "dolicocefala exagerada" que conocía los metales y era experta ceramista; (3) calchaquíes, de lengua aymara y caracterizados por una "braquicefalia exagerada" y (4) incas (1880:731) Lo que no podía dilucidar Ameghino era si las ruinas -como las de Loma Rica- correspondían a los calchaquíes de la conquista o a alguna de esas civilizaciones anteriores (1880:732)⁵. De modo que, citando a Garcilaso de la Vega, planteó la complejidad del caso calchaquí por los múltiples movimientos, vinculaciones y conquistas entre poblaciones de diferentes "razas" en distintos periodos. Y en particular afirmó que los primeros españoles habían percibido las trazas de una civilización perdida en las ruinas de los edificios del valle, de estilo diferente al peruano, y que los pobladores actuales de la comarca no conservaban "tradiciones auténticas de que las ruinas de la Loma Rica hayan estado pobladas en los primeros años de la colonización" (1914 [1880]:417). Para Ameghino el dialecto calchaquí era distinto del aymara, pero emparentado con una civilización pre-incaica, con eje en Tiahuanaco (1880:725): Garcilaso mencionaba una embajada de los "caciques de Tucma" para ofrecerse como vasallos del Inca (Ameghino 1880:726) y Montesinos había postulado una posible invasión más antigua (200 a.C) de unos "pueblos sureños" sobre Tiahuanaco y Andes centrales.

Siguiendo la misma línea metodológica de contrastación entre fuentes y evidencias, el fundador del Museo de La Plata, Francisco P. Moreno, retoma el problema calchaquí a partir de los informes de Adolph Methfessel, a quién había enviado a la región entre 1888 y 1890, en calidad de Viajero Naturalista del Museo de la Plata. La argumentación racial de Moreno se basa en los ochenta y un cráneos exhumados por Methfessel en Santa María, en los cuales predominaría la braquicefalia (y no la dolicocefalia, como en los excavados en Buenos Aires y Patagonia), aunque encuentra similitudes con los de las tumbas más antiguas de San Juan, Patagonia y Chaco (1890-91:18). En cuanto a las ruinas, Moreno sostiene que éstas "revelan el paso y dominación de varias razas, a través de los siglos" (1890-91:18) y aventura una hipótesis -que coincide con la que luego sostendría Ambrosetti- sobre una relación entre pueblos nómades de América del Norte y antiguas razas polinésicas:

[...] estos vestigios; más bien se asemejan a los descubiertos al SO de EUU y al NO de Mejico. La industria y edificación recuerda la de los Pueblos, aunque más avanzada que la de estos (...). Se nota que fueron pueblos con guerras frecuentes y se parecen a las de Arizona y N. Mejico. Hay puestos militares en altura. (1890-91:18).

No obstante, distingue que las ruinas "no revisten las proporciones imponentes de los que dejaron los hombres de Tiahuanaco y del Cuzco" y por lo tanto, deduce que se desarrollaron antes de la invasión incásica. Asimismo, señala que las rocas "cubiertas de inscripciones enigmáticas" (1890-91:18) descubiertas a orillas del camino inca, que iba desde Perú hasta Chile, no fueron utilizadas por los quichuas y que

La industria del cobre y del bronce, es en estos lugares muy distinta a la exhumada en Perú, es otro tema de gran importancia y conviene hacer notar aquí la igualdad que existe entre algunas piezas de Atacama publicadas y las encontradas en Catamarca y conservadas en este Museo. Hasta ahora no se han señalado discos de cobre... ni en Bolivia ni en Perú. (1890-91:11-12)

Otro elemento que utiliza Moreno es el de las formas de los enterramientos:

El pueblo o la raza que enterraba a sus muertos en urnas, tenía representantes en toda América.(...)Y a estos pueblos pertenecen quizás los curiosos objetos de piedra tallada con formas animales que se han descubierto desde el Ismo hasta el Amazonas y Pcia de Córdoba.....Quizás también podamos referir al mismo pueblo las inscripciones citadas, pintadas o labradas en las rocas hasta el Estrecho de Magallanes... Esta costumbre de enterrar en urnas, parece que en el tiempo de la conquista solo se practicaba para los cadáveres de niños en los pueblos de Catamarca. (1890-91:11-12).

El análisis conjunto de estos elementos le permite así arribar a la conclusión de que los calchaquíes serían posteriores a "los hombres que vivieron en épocas ante-históricas, en los valles llamados Calchaquíes en recuerdo de la raza que los ocupaba a la llegada de los conquistadores españoles" (1890-91:20).

La cuestión de los enterramientos sería retomada unos veinte años después por Boman, como uno de sus argumentos para ubicar a la "civilización calchaquí" como bisagra entre una "raza andina" y una extensión antigua en el Gran Chaco:

Dans cette région, des cimetières anciens ou des cadavres d'adultes, renfermés dans de grandes urnes funéraires, d'une fabrication grossière, ont été enterrés, tout à fait comme sont enterrés les actuels Tupis-Guaranis du Brésil, démontrent que cette race, a une époque plus ou moins reculée, a habité le territoire connu sous le nom de "Vallées Calchaquíes", certainement avant les tribus diaguites de race andine que les Espagnols y trouvèrent à leur arrivée dans ce pays. Inversement, la civilisation péruvienne, et qui, à l'époque de la conquête espagnole était bornée aux vallées interandines, paraît dans un temps antérieur avoir été répandue jusque dans les plaines du Gran Chaco (Boman 1905:91)

⁵ Ver desarrollo en Nastri 1994: 94-96.

Otro elemento singular y distinto a los descritos, fue el de los aspectos filológicos, que se convirtió en una rama específica de estudio, tal como han subrayado Alejandro Haber (1994) y Máximo Farro (2013). Las discusiones eran particularmente abiertas e irresolubles para el caso del idioma kakan, considerado totalmente desaparecido para esas fechas, en sintonía con la supuesta extinción de los grupos hablantes. Los más interesados en dichos aspectos fueron Lafone Quevedo y Adán Quiroga, ambos residentes en la zona. Sus especulaciones giraron en torno al origen araucano de vocablos y topónimos que todavía se utilizaban en los valles, lo que aportó argumentos contundentes a la impronta chilena adjudicada al pasado calchaquí, refrendando así las hipótesis anteriores (Lafone Quevedo 1999 [1898]).

La carta XXII de Lafone ubica a la lengua kakan como “anterior en Catamarca al del Cuzco” (1888:181), pero contemporánea a la entrada española, y partiendo de la toponimia local aún utilizada, sugiere que si existe en el presente una correlación entre el araucano y el quichua, como en las palabras como “Huaspan” y sus antecedentes cacano o araucano Huaspan y Huillpan), “de ello mismo resulta que la habrá tenido también con el Kaká”. En otras palabras, “Si bien no está probado, parece mas que verosímil que los idiomas Araucano, Kaká y Quichua tengan un origen en común, como sucede con el Gótico, el Holandés, el Anglo, el sajón y el Inglés moderno” (Lafone Quevedo 1888:182).

La discusión filológica sobre el kakan tuvo alcance internacional. El antropólogo norteamericano Daniel G. Brinton sintetiza algunas de las posiciones más importantes, en una discusión sostenida con Lafone:

[Quiroga] concludes that they spoke the tongue called by the missionaries “Cacana,” and that this was related either to the Araucanian or to the Guaycuru dialects of the Chaco. The industrious student Florentino Ameghino I argues from certain evidence that their tongue was a dialect of the Aymara; von Tschudi maintained that it was related to the modern Atacameño of the Pacific coast; while Dr. Th. Waitz set it down as a corrupt dialect of the Quichua (1899:41).

Brinton hace foco en el problema de la ausencia de evidencia concreta por la “desaparición” total de la lengua, que impide establecer, por un lado, el doble problema de la filiación de los calchaquíes y, por el otro, si estos fueron los constructores de las ruinas. Esto hace que los arqueólogos

incline to believe that the civilized builders of these remains had been overcome and dispossessed by wild and savage tribes long before the whites reached the region, very much as the mound builders of the Ohio Valley had also succumbed to the inroads of barbarians, and fled or were exterminated. All the archeologists

agree in one point, and it has been especially emphasized by Ambrosetti. (Brinton 1899:41).

Sin dudas, la explicación de un pasado indígena con un alto grado de cultura, invadido y aniquilado por grupos extranjeros, permitía solucionar el misterio de los constructores de las ruinas, sin poner en entredicho la autoridad de las fuentes. A la vez, permitía sostener la pertenencia a una “raza prepotente [que] hubo en tiempos muy remotos, que ha dejado huellas profundas en toda la América Meridional, legándonos las ruinas de una civilización antiquísima, la cual nos presenta puntos de contacto muy marcadas con las civilizaciones primitivas del viejo mundo” (Lafone Quevedo 1888:239).

Pero al mismo tiempo, que el origen de esa invasión fuera chileno, tal como proponía Lozano para los quilmes, no solo resultaba funcional para continuar justificando su desnaturalización, castigo y extinción históricos, sino que agregaba un elemento más de negatividad, propio de un contexto reavivado por el litigio de límites territoriales entre ambos países. En este sentido, cabe preguntarse si tanto la centralidad que adquirió la crónica como punto de partida, como los métodos y protocolos científicos que la confirmaban, no estuvieron sesgados por el contexto de conflicto y de rivalidad entre los dos países.

Un indicador interesante para señalar cómo en dicho contexto se difundía el ejemplo de los quilmes como caso emblemático en el ranking de la barbarie lo aporta un libro, mucho más sensacionalista y menos riguroso que los estudios y ensayos de método anteriores: la *Historia de las Guerras con los terribles Calchaquíes, Chiriguano y los Quilmes*, escrita por el cura Pascual Soprano en 1896. Su mismo título anuncia con grandilocuencia la perspectiva de su autor.

Destinado al gran público y con la venia de Bartolomé Mitre, el libro ensalzaba las virtudes civilizadoras de la “conquista del desierto”, lamentando que la eficacia de su avance no pudiera aún haber alcanzado la totalidad del territorio del Gran Chaco. La fundamentación de la necesidad civilizatoria apelaba a la figura de los mayores bárbaros de la historia del Tucumán y del sur de la extinta Audiencia de La Plata (hoy Sucre): los chiriguano, cuya omnipresencia en los relatos de guerra desde los principios de la conquista española se actualizaba con la reciente y sangrienta batalla de Kuruyupi, el 28 de enero de 1892, en la cual miles de chiriguano habían sido masacrados por el ejército boliviano (Combes 2005). Su protagonismo compartido con los calchaquíes en el título del libro de Soprano cae por su propio peso: como enemigos abundantemente vituperados por todos los autores coloniales que acabamos de citar, habían ganado casi naturalmente su lugar en la tapa. Sin embargo, queda por entender por qué el autor [¿o su editor?] sintió la necesidad de distinguir a los quilmes del tronco calchaquí.

Figura 1
**Portada del libro de Pascual Soprano
 editado en 1896**



Creemos que caben dos explicaciones, por cierto perfectamente compatibles. La primera, más simple, podría ser un intento publicitario de reflotar la proverbial ferocidad y belicosidad de los quilmes, con el fin de llamar la atención sobre el libro, presente “en todas las librerías”. Según esta primera lectura, los quilmes resaltaban como una especie particular de calchaquíes potenciados, bárbaros entre los bárbaros: “Entre todas esas tribus sobresalían los Acalianes y los Quilmes, feroces, valerosos, indómitos (Soprano 1896:65). Esto hace pensar que existiría un conocimiento más o menos extendido entre los lectores sobre la particularidad de los quilmes, apelada por el rimbombante título. La segunda explicación vuelve al problema de la contradicción entre la legendaria –y redituable– ferocidad de los quilmes y la calidad de sus ruinas, que para el cura también se explicaba por su origen foráneo: “la tribu de los Quilmes había venido de hacia Chile y su asiento o pueblo era una altiplanicie al sur de Tolombón y al norte de Santa María; y subsisten todavía algunos restos de aquel pueblo, cuyas paredes son de un ancho extraordinario” (Soprano 1896:65).

En síntesis, es interesante encontrar este enésimo avatar de la *vulgata chilensis* sobre los quilmes, bajo la pluma de un libro carente de toda pretensión científica. El buen padre Soprano era un bastante burdo propagandista católico, y la meta explícita de su folleto era recordar el papel providencial de la Virgen del Valle de Catamarca en el proceso de conquista y evangelización de los indígenas en los siglos coloniales. Sin embargo, la insistencia sobre el origen chileno de los bárbaros en un libro de mayor difusión permite preguntarse sobre la circulación de esta idea en la época y su relación con el entonces candente antagonismo con Chile que, pese a haberse firmado el Protocolo de Límites entre ambas repúblicas en 1893, todavía era fuente de serias tensiones.

Chile, fuente del Peligro

¿De dónde provenía esta obsesión chilena en pleno corazón de los Valles Calchaquíes? Sobre este punto también varias respuestas son posibles. La más evidente la proporciona el mismo Lafone Quevedo cuando, treinta y seis años después de su primer estudio, decide rebatir la hipótesis que él mismo había forjado con tanto éxito. En su artículo *Las migraciones de los Kilmes. La historia de las mismas*, publicado en 1919, el ya entonces director del Museo de La Plata analiza más a fondo el texto de Lozano, que había blandido como evidencia fundadora, para confesar una lectura errónea y apresurada.

Según esta nueva lectura, la afirmación de que los Quilmes procedían “de hacia la parte de Chile”, debía haberse leído en función del trazado de las jurisdicciones coloniales. Hasta 1563, el Tucumán dependía administrativamente del Reino de Chile, de modo que los famosos quilmes chilenos no serían oriundos de las orillas del Pacífico sino de la región de Londres, ubicada en el mismo corredor valliserrano, pero unos doscientos kilómetros más al sur, y habrían llegado a los valles Calchaquíes empujados por las guerras coloniales⁶. Este error de lectura llama mucho la atención porque otro pasaje del mismo Lozano, al parecer omitido en su momento por Lafone, proponía esta misma versión -difícilmente compatible con la hipótesis Pacífica- al contar claramente a los Quilmes entre las “naciones del Valle de Londres”:

Los calchaquíes se preciaban mucho de no haber admitido jamás dominio extranjero, como otros de sus vecinos, ni permitir aun a sus vasallos asentar el pie en sus territorios, en prueba de lo cual se sabe que como los quilmes vinieron de la parte de Chile a esta de Calchaquí, por no sujetarse a los peruanos, que por aquel reino daban entonces a sus conquistas, los recibieron los calchaquíes con las armas en la mano y tuvieron con

⁶ No es éste el lugar para discutir esta hipótesis, probablemente también errónea, por lo menos en parte: si bien sabemos que había “advenedizos de Londres” mezclados con los quilmes a fines de 1580, las evidencias arqueológicas demuestran la antigüedad de la ocupación de la ciudad de los quilmes.

ellos sangrientas guerras, creyendo eran vasallos del Inga, hasta que enterados de que venían fugitivos de su patria por no sujetarse a aquel monarca, celebraron paces y les dieron grata acogida en su país, aplaudiendo su resolución, y después de tiempos, emparentados con ellos, fue esta parcialidad de los quilmes una de las más famosa de los Valles Calchaquíes (Lafone Quevedo 1919:342-343)

Este nuevo “final feliz” parece corroborar que Lafone se habría equivocado al interpretar la crónica de Lozano. Tenemos así una explicación, algo extraña si se tiene en cuenta la fe que Lafone tenía en la obra del jesuita, a la que llegó a llamar en varias ocasiones “nuestra biblia histórica” (Lafone Quevedo 1888:98,205). Sin poder aseverar cuáles fueron los motivos que condujeron a un estudioso, de la minuciosidad de Lafone Quevedo, a realizar una lectura tan rápida o parcial y a utilizar un mero pasaje como centro de su argumentación (proseguida por tantos sabios colegas que tampoco repararon en el error), es relevante preguntarse si existieron elementos contextuales que pudieran haber sesgado dicha lectura, y si estos tuvieron relación con la rivalidad con Chile.

Nuestra respuesta es que sí, y que los mismos se extienden en el tiempo. El primero fue sin lugar a dudas la difícil situación geopolítica que ocurría a fines del siglo XIX por la disputa de límites entre Argentina y Chile, con focos localizados, tanto en el sur como el norte de la cordillera. El segundo, más propio de esta última zona, es la existencia de un encono histórico local muy arraigado contra todo lo que tuviera que ver con Chile.

La disputa territorial a fines del XIX y su impacto en el norte

En cuanto al primer punto, el *Tratado de paz, amistad, comercio y navegación*, firmado entre ambos países en 1856, aplicó el principio de *uti possidetis* retroactivo a la separación de la colonia en 1810 y supuso la resolución de los conflictos por vía diplomática. Sin embargo, los límites continuaron estudiándose hasta fin del siglo, por distintos hombres de ciencia. En 1881 un nuevo Tratado dividió la frontera según elementos geográficos objetivos y definió las soberanías, dejando obsoleto el de 1856. No obstante, ciertos puntos siguieron en conflicto, y pese a mediar un nuevo Protocolo de Límites de 1893, recién se resolvieron por arbitraje externo en 1902, renovándose nuevas disputas a lo largo del siglo XX.

En el sur del continente las campañas militares, además de apropiarse de territorio indígena de ambos lados de la cordillera, apuntaban a asentar los límites de las soberanías nacionales, evidenciando una rivalidad fronteriza, que por cierto, no ha desaparecido del todo. En el norte la Guerra del Pacífico, que había enfrentado a Chile con sus vecinos peruanos y bolivianos entre 1879 y 1884, provocó una serie

de reacomodos territoriales y económicos en toda la región andina, que impactaron en sus pobladores y afectaron también las ya tensas relaciones de Chile con Argentina.

Desde tiempos prehispánicos, San Pedro de Atacama era un punto de encuentro sociocomercial (Benedetti, 2003) de distintos circuitos de arrieros indígenas, muchos de ellos procedentes de los valles Calchaquíes. Luego, con la incorporación de puertos al litoral pacífico en el siglo XIX, a la comercialización de ganado hacia Bolivia, se sumaron los productos de ultramar, llegados a Cobija y Valparaíso (Conti 2003); pero el cierre del comercio legal con esos puertos desde 1850 y las políticas de Bolivia y Argentina para reorientar el flujo hacia el litoral atlántico, contribuyeron a desarticular el espacio mercantil andino. Finalmente, la Guerra del Pacífico modificó los recorridos: se constituyeron distintos pasos ilegales que, desde Salta, conectaban los valles Calchaquíes y la Puna con San Pedro de Atacama, mientras que Jujuy mantuvo sus circuitos hacia Bolivia. No obstante, con el Tratado de la Tregua y la pérdida del litoral marítimo (1884), Bolivia reorganizó su comercio a través del ferrocarril, entre Antofagasta, Uyuni y los centros mineros, acelerando la desarticulación de los circuitos comerciales tradicionales y generando nuevas territorialidades y cartografías nacionales (Zamora y Martínez 2023).

En términos políticos, la Tregua habilitó a Chile el desierto de Atacama, pero no así la Puna, que quedaba en manos del estado boliviano. Sin embargo, Chile exploró ese territorio, por ejemplo mediante los relevamientos efectuados por el geógrafo Alejandro Bertrand (1885), lo que motivó el pedido de Bolivia al gobierno argentino de desalojar a Chile, en 1886, sin éxito. Luego, en 1889⁷, Argentina renunció a Tarija a favor de Bolivia, a cambio de su cesión de la Puna de Atacama, acuerdo que Chile rechazó, generando un conflicto que prosiguió por vía diplomática durante una década.⁸ El litigio tuvo que ser zanjado por un arbitraje externo⁹ y en 1899, el laudo del embajador estadounidense William Buchanan, fijó el límite internacional (Ley 4.331). Chile cedió a Argentina 64.000 de los 75.000 km² en disputa y, en 1900, se creó allí la Gobernación de Los Andes (Ley 3.906)¹⁰.

Los conflictos vinculados a la construcción de fronteras, vienen siendo revisados por estudios que apuntan a complejizar el impacto de los mismos, en dimensiones que exceden al enfoque político-económico de la historiografía tradicional. Así, se han puesto de relieve las lógicas culturales, identitarias, microhistóricas que contribuyeron en esos procesos,

7 Tratado Quirno Costa-Vaca Guzmán (1889), ratificado en 1893.

8 Protocolo Matta-Reyes Ortiz (1891), Tratado Barros Borgoño-Gutiérrez (1895) y Protocolo Matta-Cano (1895) entre Chile y Bolivia; Protocolo de Rocha-Cano (1895) entre Argentina y Bolivia.

9 Protocolo Guerrero-Quirno Costa, (1896), entre Argentina y Chile.

10 En 1943 por decreto presidencial se dividió en las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca.

no siempre reconocidas (Morong Reyes y Sánchez Espinosa 2006); o las resistencias regionales ante procesos de construcción de ciudadanía nacionales, devenidas de esos conflictos (Aguilera Barraza 2009). Otros análisis han señalado cómo las representaciones sobre los conflictos en discursividades de la época -por ejemplo, de la prensa (Caffarena Barcenilla 2009)- tuvieron impactos concretos en sectores subalternos (Rubilar Luengo 2015), generando incluso movimientos en ciudades distantes, como el caso de los emigrados en Buenos Aires frente a la Guerra del Pacífico (Trillo Auqui 2015).

Estos antecedentes permiten comprender cómo los problemas entre naciones no se limitaban a las esferas políticas, militares o diplomáticas, sino que alcanzaban a distintos sectores de la población. En esta línea, es posible considerar que permearon también las perspectivas de los estudiosos de la época, algunos de los cuales se encontraban involucrados de manera directa en los procesos oficiales de definición de límites, como en el caso de Francisco P. Moreno.

Una larga memoria “antichilena”

Más atrás de los litigios del momento entre las dos flamantes repúblicas, existía una rivalidad histórica mucho más antigua entre el Noroeste Argentino y Chile. Sin demasiada sorpresa, ésta volvió a aflorar en el campo de los incipientes estudios calchaquíes. El catamarqueño Adán Quiroga, por ejemplo, no dudaba en destacar la profundidad histórica del peligro de las invasiones chilenas de varios siglos:

[...] no es hipotético pensar que algunos siglos antes de la conquista castellana los valerosos araucanos invadirían nuestro país, siendo éstos arrojados posteriormente por los naturales, como aconteciera con los árabes de España. Esta conjetura histórica hácese más verosímil cuando se tiene en cuenta el **odio de los tucumanos** a los chilenos. (Quiroga 1893:195-196 [énfasis nuestro])

Y para agregar contundencia, recurría a su vez, al ejemplo de los quilmes como parangón de la ocupación “chilena”:

[...]tradiciones al estilo de las los Quilmes de Santa María cuya procedencia del otro lado de la Cordillera no puede ponerse en duda, nos dice claramente que algo o mucho ha tenido que hacer la cultura araucana en la formación del pueblo tucumano [...] (Quiroga 1992 [1897]:20 .

Este “odio de los tucumanos a los chilenos” no era un invento de Adán Quiroga, sino que es posible rastrear este sentimiento sedimentado entre los habitantes del Tucumán colonial, que se hacía extensivo tanto a los hispano-criollos trasandinos, como a los temidos *araucanos*. No es éste el lugar para detallar todos esos elementos, por lo que nos limitaremos a señalar los más relevantes.

El primero se remonta al conflicto jurisdiccional que opuso al Tucumán con “los de Chile” desde los primeros años de la Conquista hispano-criolla, llevado por pandillas de soldados perdidos de las guerras civiles del Perú. La rivalidad se centraba en que “los de Chile” avasallaron a los tucumanos hasta que, en 1563, se definió la autonomía del Tucumán bajo la autoridad de la Audiencia de Charcas. Esta rivalidad se mantuvo en el tiempo, manifestándose en distintas situaciones no sólo con el Chile trasandino, sino también con Cuyo, que dependía del gobierno de Santiago.

Otro elemento a tomar en cuenta era el miedo de los escasos colonos hispano-criollos del Tucumán, entre mediados del XVI y mediados del XVII, de verse engullidos por una alianza indígena que los barriese de la faz de la tierra. Este temor se vio encarnado en dos sublevamientos que llegaron a amenazar el dominio imperial en el sur del continente. El primero, en 1562, fue el alzamiento liderado por Juan Calchaquí, de una confederación muy importante de grupos indígenas de los altos valles y de la puna, que logró la casi desaparición de la provincia: todas las ciudades fundadas en su parte andina fueron arrasadas. La única en sobrevivir fue Santiago del Estero, construida en las tierras bajas, lejos del epicentro del alzamiento. En segundo lugar, el otro lado de la cordillera, la guerra de Arauco, que parecía nunca llegar a su fin, demostraba con creces que los mapuches no estaban dispuestos a admitir la dominación española en sus tierras. Consecuentemente, entre el siglo XVI y el XVII, se temió especialmente la conformación de una alianza interandina que (aunque poco probable si se considera la lejanía y la discontinuidad geográfica entre los valles calchaquíes y el centro-sur de Chile) se constituyó en una percepción de peligro cada vez más anclada en el imaginario colonial y que tenía a Chile como horizonte.

Otra arista poco conocida del miedo de los colonos del Tucumán, también relacionada con la perspectiva borrosa, pero operativa, de una confederación indígena, fue la creencia en la existencia de la misteriosa provincia de Lin Lin o Trapalanda, un avatar de la ciudad de los Césares, ubicada en algún lugar entre el Tucumán y el Estrecho de Magallanes, para cuya búsqueda los altos mandos de la provincia organizaron varias expediciones entre 1578 y 1621 (Cabrera et al. 2000). Distintos testimonios asociaron esta ciudad con los dignatarios incas que habrían dejado el Tucumán tras la caída del Tawantinsuyu, llevándose consigo cuantiosos tesoros para refundar un reino poderoso en un lugar desconocido. En una oficial *Información* ordenada por el gobernador Juan Ramírez de Velasco en 1587, se ratifica esta versión y se subraya el peligro que entrañaría la alianza de esos césares con los guerreros de Arauco:

[...]Dios nuestro señor sería muy seruido dello y esto sería causa de que se acabase la ynportuna guerra de los yndios del rreyno de chile porque a su señoría le an

certificado personas antiguas desta tierra que los yndios desta prouincia llamada LinLin o del César son los que proueen de armas bastimentos e gente a los yndios del estado de arauco de chile por ser estos yndios mucho. (Ramírez de Velasco 1587, en Levillier 1920:207)

Años después, la victoria indígena de Curalabá (1598), que borró la conquista hispano-criolla al sur del río Bío-bío, llevándose la vida del gobernador García Óñez de Loyola, causando la destrucción de siete de las ocho ciudades españolas del sur chileno, completó el panorama de peligro: la amenaza estaba en Chile, y la pesadilla de una confederación indígena, mortífera para los hispano-criollos, siempre estaba latente. El descubrimiento en 1621 de una facción “beliche” en un valle de la vertiente oriental de la cordillera confirmó la presencia de guerreros enemigos y la potencial extensión de la guerra al Río de la Plata (Jiménez 1998).

Para finalizar esta memoria del “peligro chileno” percibido desde las provincias andinas del Tucumán, mencionaremos que el famoso embaucador español Pedro Bohórquez, alias “el Inca del Tucumán”, quien tuvo un protagonismo importante en el desencadenamiento del último y gravísimo episodio de las Guerras Calchaquíes (Lorandi 1997, Torreblanca 1984 [1696]). Este personaje rocambolesco apareció en los altos valles andinos del Tucumán huyendo desde Chile, acompañado por una mestiza chilena a quien, por si fuera poco, se le atribuían ominosos poderes de brujería (Torreblanca 1984 [1696]).

En síntesis, desde los primeros años de existencia de la provincia del Tucumán, Chile, “los de Chile” y los indios de Chile, aparecen como una amenaza sorda, pero muy presente. El Tucumán vivió sus primeros veinte años al ritmo de las intervenciones de las huestes que respondían a la gobernación de Chile, lo que instaló cierta desconfianza en la memoria histórica local. En cuanto a los indígenas, aparecen constantes menciones, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XVII, a la posibilidad de que los rebeldes calchaquíes, quienes “confinaban con los de Chile” (Cabrera et al. 2000), pudiesen concretar la potencial catástrofe de una alianza.

La guerra contra el “Araucano” Contemporáneo y sus Consecuencias Analógicas

Volvamos al último cuarto del siglo XIX. Como se sabe, el avance del ejército argentino sobre las pampas y la Patagonia y la extrema violencia desatada contra los pueblos indígenas, fue acompañado por un intenso trabajo ideológico abocado a justificar la incorporación de las “quince mil leguas” del “desierto”. Los propagandistas del régimen liberal-autoritario no escatimaron argumentos para justificar las medidas tomadas contra unos “salvajes” irreductibles al progreso y a la civilización. Su destino no podía ser sino la extinción y, en lo inmediato, debían ser disciplinados por las

armas, por el hacinamiento en campos de concentración y por diferentes formas de servidumbre en los ingenios azucareros del norte del país, en las estancias instaladas en sus tierras o en casas particulares (ver Delrio et al. 2018).

El trabajo de descalificación de los “bárbaros” del presente tuvo consecuencias también retroactivas para la lectura del pasado indígena de todo el territorio argentino, incluidos y, en particular, sobre aquellos rebeldes calchaquíes de las crónicas coloniales (Giudicelli 2011). Ahora bien, ¿pudo existir una contaminación analógica entre esos bárbaros sureños —una amenaza concreta del presente— y aquellos quilmes del pasado, todos aquejados de un mismo origen trasandino? Aunque ni Lafone Quevedo ni Adán Quiroga compartieran la visión roquista sobre los indígenas y criticasen con cierta amargura los excesos de la “conquista del desierto”¹¹, no podemos descartar que la teoría expuesta por Estanislao Zeballos en 1878 sobre una invasión indígena araucana previa a la “conquista del desierto” que habría terminado con los autóctonos y pacíficos indígenas “argentinos”, no hubiese afectado la lectura sobre los quilmes. La sola mención de un origen “hacia la parte de Chile” potenciaba la barbarie, corporizada por ambos grupos indígenas destructores de antiguas civilizaciones acuñadas retrospectivamente como “argentinas”. Una imputación de nacionalidades recientemente creadas a grupos preexistentes en ambos lados de la cordillera, en una concordancia notoria con la posición argentina frente a su vecino occidental, ante un litigio fronterizo.

Es necesario, sin embargo, revisar con mayor exactitud cuáles de los elementos de “lo araucano” decimonónico aparecen explícitamente en la recalificación *chilena* de la barbarie, atribuida a los quilmes. Dejamos aquí solamente establecida la necesidad de contemplar este posible nexo entre ambas teorías.

Sin embargo, la influencia del conflicto limítrofe sumada a las particularidades locales y al histórico recelo colonial de los habitantes del NOA respecto de Chile, conocido por los estudiosos, son elementos presentes en el sostenimiento de la teoría de los quilmes chilenos. De hecho, llama poderosamente la atención el que esta teoría —endeble, por no decir descabellada— recién haya comenzado a cuestionarse en los círculos científicos después de la firma del tratado de límites en 1902. En 1908, antes de la autocrítica de Lafone Quevedo, el primero en expresar serias dudas sobre de origen “chileno” de los quilmes fue el arqueólogo sueco Eric Boman, quien planteó, sin pelos en la lengua, que no había que dar fe a las “tradiciones” citadas por Lafone y sus seguidores, desde su perspectiva “patrañas” sin ningún valor. En su opinión, si existieron alguna vez relaciones entre ambas

¹¹ “¿Se nombró algún protector de indios para los pobres Pampas que fueron destinados a la esclavitud en los ingenios de Tucumán ¿Se ha averiguado cuál ha sido la suerte de estos desgraciados cautivos? Estas serán las preguntas que hará la posteridad a nuestra época” Lafone Quevedo 1888:18)

vertientes de la cordillera, éstas habían sido fruto de la conquista incaica y de la circulación imperial:

Suivant une tradition, répétée par Lozano (220, t. iv, p. 9), la tribu des Quilmes, qui habitait la Vallée de Yocavil, aurait émigré du Chili au pays des Diaguites, mais rien ne prouve la véracité de cette tradition. Probablement, ce sont les Incas qui ont établi les relations entre les Araucans du Chili et les Diaguites. (1908 T. I:33)

De modo que es importante señalar que fue solo luego de la resolución del conflicto fronterizo cuando se dio paso a una revisión de la teoría, hasta entonces hegemónica entre los especialistas en estudios calchaquíes. Cuando en 1919 el viejo Lafone Quevedo, dándole implícitamente la razón a Eric Boman, refutó la idea que él mismo había formulado con tanto éxito casi cuarenta años antes, se cerró un ciclo. Los quilmes dejaron de ser considerados extranjeros en su propia tierra. Por lo menos hasta ahora.

El Discurso Turístico: Lafone reloaded

En el año 2018, el Ente Autárquico Tucumán Turismo inauguró el nuevo centro de interpretación en el sitio arqueológico que visitara Lafone, Ambrosetti y tantos más, ahora renombrado Ciudad Sagrada de los Quilmes. El mismo tuvo consenso formal de la Comunidad India Quilmes y fue diseñado por un equipo de diseño y arquitectura de Buenos Aires, dedicado a la creación de museos y centros de interpretación en distintos puntos del país.

El de Quilmes cuenta con dos salas de exposición y un espacio de cine, donde se proyecta a los visitantes un video institucional titulado *Peregrinos de un sueño*. El mismo, que pretende esbozar en escasos once minutos la historia completa de los quilmes, evoca nuevamente su origen trasandino, aunque en una versión despojada de los dotes de ferocidad, que tuvo la teoría al momento de su invención. No obstante, pese a sus buenas intenciones e incluso a haber sido consultado con miembros de la Comunidad India Quilmes, el film, rayano por momentos en un discurso del neopaternalismo new age, llega a formular una negación implícita de la autoctonía quilme, al reproducir la idea, ya caduca, de su supuesto origen trascordillerano.

Este error no solo replica aquellos propios de los estudios sesgados de fines del siglo XIX, desconociendo el enorme *corpus* de investigaciones científicas posteriores sobre la zona, sino que permite plantear una reflexión sobre los riesgos de producir sentidos institucionales sobre el pasado indígena en un momento de tergiversación y falta de aplicación de los derechos constitucionales de los principales interesados. Más aún, cuando las constantes acusaciones vertidas en los medios de comunicación contra los mapuches patagónicos hunden sus argumentos en su supuesto origen chileno (Briones 2018). Si nos retrotraemos a las ya

mencionadas vinculaciones históricas entre ambos grupos indígenas, su consabida belicosidad y el peligro que entrañaban para la "civilización", retomar una teoría que en su momento colaboró con la estigmatización de los quilmes del pasado, debe ser considerada como un problema en el presente. Especialmente, cuando forman parte de un discurso hacia el turismo de masas, cuyo rol de difusor y amplificador en sus lugares de origen puede ser así manipulado políticamente (Tolosa 2021-2022). Las renovadas menciones sobre que los quilmes de los Valles Calchaquíes tuvieran su origen en las riberas desoladas del Pacífico chileno, llama a la reflexión sobre cómo la producción de discursos exclusivamente orientados por intereses empresariales y estatales pueden entrañar consecuencias negativas para los derechos de los pueblos indígenas.

Conclusiones

La teoría del origen chileno de los Quilmes, acuñada por Lafone Quevedo en 1883, y proseguida por otros estudiosos de las "antigüedades calchaquíes", presenta diversas aristas. En primer lugar, en coherencia con las teorías difusionistas de la época, busca explicar cómo todos los calchaquíes que lucharon contra los colonizadores serían descendientes de invasiones bárbaras, que habrían arrasado previamente a un supuesto paraíso original de elevada civilización y con vinculación con otras estimadas culturas del continente. En este marco, los quilmes en particular -bárbaros entre los bárbaros- constituirían un "lunar" en este conjunto, por ser una "raza del Pacífico". En términos de método, el origen "chileno", avalado por la totalidad de los primeros calchaquíes motivó la construcción de un protocolo probatorio que apuntaló y respaldó la teoría, constituida por la contrastación entre: a) el recurso a las autoridades históricas; b) el estudio craneológico y c) el de los vestigios arqueológicos y, como plus, el rastreo filológico (posiblemente elucubrativo en alto grado), sobre el idioma kakan, cuya desaparición corroboraba la extinción del grupo efusivamente expresada por las fuentes coloniales.

Sería un error, sin embargo, limitar el análisis al andamiaje interno de la teoría. La construcción científica, en sí muy interesante, era sin lugar a dudas tributaria también, de por lo menos dos dimensiones de un mismo problema político: la conflictiva separación de límites jurisdiccionales con Chile. Por un lado, un trasfondo histórico de rivalidad entre el Tucumán colonial y la gobernación de Chile propio del Noroeste argentino. Por el otro, el propio litigio de límites que a fines del siglo XIX, puso a las dos naciones en una situación de tensión, con puntos especialmente calientes tanto en la Patagonia como en la Puna. Como hemos señalado, tanto Lafone Quevedo, como los seguidores de la teoría, tenían conocimiento de la primera a través de las fuentes históricas y eran parte del grupo intelectual que, en parte, colaboró con el estudio de límites a fines del siglo XIX. De modo que,

aunque en parte las influencias puedan ser algo difusas, formaban parte de un núcleo de conocimientos compartido y debatidos, y por lo tanto de la propia formulación de la hipótesis fundante de Lafone y de su aceptación general durante varias décadas.

Las continuidades señaladas entre la percepción de peligro de los siglos coloniales y desde la perspectiva argentina en el cambio de siglo XIX-XX respecto de Chile, parece potenciarse en la construcción de las alteridades indígenas, tanto en el norte calchaquí como en el sur pampeano-patagónico. Los indígenas chilenos, pasados y contemporáneos, comparten ferocidad, barbarie y belicosidad: un negativo perfecto para la imagen de una nación civilizada, cuyos indígenas autóctonos también compartían, en parte, sus virtudes. No obstante, resta aún analizar en qué medida pudieron haber influido en la gestación de la teoría quilme, las consideraciones de Zeballos contra los araucanos, seguidas por los demás propagandistas roquistas que -a diferencia de la rectificación de Lafone Quevedo- continuaron vigentes y se consolidaron en las primeras décadas del siglo XX (Lazzari y Lenton 2000), con una fuerte pregnancia en el sentido común de la ciudadanía, que se actualiza permanentemente y hasta hoy, en los discursos de los medios y de ciertos sectores políticos argentinos contra los mapuches (Briones 2018).

La teoría de los quilmes chilenos terminó de perder todo sustento en las primeras décadas del siglo XX, bajo el triple efecto del desarrollo del método arqueológico, de una lectura más analítica y cuidadosa de las fuentes históricas y, también, con el apaciguamiento de las relaciones entre

Argentina y Chile. La revisión de datos y los nuevos estudios arqueológicos demostraron cabalmente la inserción de la ciudad de Quilmes en una cultura compartida por los demás pueblos vecinos de la región interandina, echando por tierra su supuesta aloctonía.

El mismo Lafone Quevedo, inventor de la misma, dio por cerrado el asunto en uno de sus últimos escritos, confesando una lectura apresurada de la crónica de Lozano: "desde hacia la parte de Chile" (1919) no debía ser entendido como "del otro lado de la cordillera" sino que refería al sur del corredor interandino. Hoy es por demás conocido que el área diaguista llegaba hasta el noroeste de la actual provincia de San Juan, que dependía entonces de la gobernación de Chile, lo que otorga un significado muy distinto a lo escrito por Lozano. En otras palabras, la teoría chilena del origen de los Quilmes puede considerarse extinta desde hace más de un siglo.

Llama poderosamente la atención entonces el regreso de estas ideas en pleno siglo XXI, y su difusión a un público numeroso y carente de formación histórica o antropológica. Como hemos mencionado, el discurso institucional del Centro de Interpretación, inaugurado por el gobierno de Tucumán en la Ciudad Sagrada de Quilmes, repone livianamente una teoría abandonada por fantasiosa. En el marco de los permanentes ataques al pueblo mapuche, fundado en su supuesto origen chileno, el retorno de semejante teoría entraña un peligro para los derechos de los propios quilmes actuales, que podrían a su vez ser considerados de nuevo como extranjeros en su propia tierra.

Referencias citadas

Aguilera Barraza, R.

2009. Resistencia y ciudadanía en la chilenización de los valles tarapaqueños, 1900-1930. *Diálogo Andino* 34:77-100.

Ambrosetti, J.B.

1897. La antigua ciudad de Quilmes. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVIII:33-70.

Ameghino, F.

1913, *Obras completas*, Vol. 1, La Plata, Talleres de impresiones oficiales

Ameghino, F.

1914 [1879]. Inscripciones antecolombinas encontradas en la República Argentina. Congreso Internacional de Americanistas 1879. *Obras Completas II*: editado pp. 403-420.

Benedetti, A. (comp).

2003. *Puna de Atacama: Sociedad, Economía y Frontera*. Alción, Córdoba.

Bertrand, A.

1885. *Memoria sobre las Cordilleras del Desierto de Atacama i Rejiones Limitrofes*. Imprenta Nacional, Santiago de Chile.

Boman, E.

1905. Migrations précolombiennes dans le nord-ouest de l'Argentine. *Journal de la Société des Américanistes, Nouvelle Série*, Tome 2:91-108.

Brinton, D. G.

1899. The calchaquí: an archaeological problem. *American Anthropologist, New Series* 1:41-44.

- Briones, C.
2002. Mestizaje y blanqueamiento como coordenadas de aboriginalidad y nación en Argentina. *Runa* 23:61-88.
- Briones, C.
2018. Luchas clasificatorias, memorias públicas y procesos hegemónicos: reflexiones en torno a la "cuestión mapuche". En *Luchas de Clasificación. Las Sociedades Indígenas entre Taxonomía, Memoria y Reapropiación*, editado por C. Giudicelli, pp. 287- 318. Prohistoria IFEA, Rosario y Lima.
- Burmeister, H.
1876. *Description Physique de la République Argentine*. Lib. F. Savy, París.
- Cabrera, J.L.
2000 [1625]. Relación de la jornada que don Gerónimo Luis de Cabrera hizo al descubrimiento y población de los Césares. En *Relaciones de la Jornada a los Césares, 1625*, pp. 79-143. Universidad Nacional de Quilmes & Amerindia, Quilmes.
- Caffarena Barcenilla, P.
2009. La Guerra del Pacífico y la "idea" de lo nacional. A propósito de editoriales de El Diario Ilustrado, Santiago 1902-1906. *Diálogo Andino* 34:55-75.
- Carlón, F.
2007. La reducción "Exaltación de la Cruz de los indios Quilmes": un caso de relocalización étnica en Pampa a fines del siglo XVII. *Mundo Agrario* 8(15) (31 diciembre 2007) <https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v08n15a07> (8 de mayo 2022)
- Combès, I.
2005. Las batallas de Kuruyuki. Variaciones sobre una derrota chiriguana. *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 34:221-233.
- Conti, V.E.
2003. Estrategias mercantiles, redes y migraciones de comerciantes durante el período rosista. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy* 21:59-73
- Delrio, W., Escolar, D., Lenton, D. y Malvestitti, M.(compil.)
2018. *En el país de Nomeacuerdo. Archivos y Memorias del Genocidio del Estado Argentino sobre los pueblos Originarios, 1870-1950*. Editorial UNR, San Carlos de Bariloche.
- Farro, M.
2013. Las lenguas indígenas argentinas como objeto de colección. Notas acerca de los estudios lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX. *Revista de Indias* LXXIII 258:525-552
- Giudicelli, C.
2011. Lectura de las ruinas. La fabricación de antepasados aceptables en el noroeste argentino (Siglos XVI-XVII/ siglo XIX). En *Fronteras de las Sensibilidades*, editado por S. Bernabéu y F. Langue, pp. 125-150. Doce Calles, Madrid.
- Giudicelli, C.
2015. Altas culturas, antepasados legítimos y naturalistas orgánicos: la patrimonialización del pasado indígena y sus dueños. Argentina 1877-1910. En *Nación y Alteridad en México*, editado por P. López Caballero, P. Gleizer y D. Gleizer, pp. 43-84, UAM-EyC, México.
- Giudicelli, C. (ed.)
2018, *Luchas de Clasificación. Las Sociedades Indígenas entre Taxonomía, Memoria y Reapropiación*, Prohistoria, IFEA, Rosario y Lima
- Haber, A.
1994. Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones Arqueología* 47:31-54
- Jiménez, J.F.
1998. Encomenderos arruinados, incas fugitivos, beliches y corsarios holandeses. Los orígenes de la expedición en búsqueda de los Césares de Jerónimo Luis de Cabrera (1620-1621). *Anuario IEHS* 13:173-192.
- Lafone Quevedo, S.,
1888. *Londres y Catamarca. Cartas a La Nación 1883, 1884 y 1885*. Editorial, Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires.
- Lafone Quevedo, S.
1999 [1898]. *Tesoro de Catamarqueñismos*. Dirección General del Centro Editor-Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
- Lafone Quevedo, S.,
1919. «Las migraciones de los Kilmes. La historia de las mismas», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLIII, 1919:342-354
- Lázzari, A. y D. Lenton.
2000. Etnología y nación: facetas del concepto de Araucanización. *Avá* 1:125-140.
- Leguizamón, J.M.
1876 a. Viaje al Pucará. Carta a Francisco P. Moreno, Salta, 24-05-1875. *Anales de la SCA* / 5:266-272.
- Leguizamón, J.M.
1876 b. Carta sobre Antigüedades Americanas. *Anales de la SCA* I:320-335.

- Leguizamón, J.M.
1876 c. Remesa de objetos pertenecientes a los Indios Calchaquíes. 19 de marzo de 1876. *Anales de la SCA* //5:239-240.
- Levillier, R.,
1920. *Papeles de los Gobernadores del Tucumán en el siglo XVI*, Imprenta de Juan Pueyo, Madrid.
- Liberani, I. y R. Hernández.
1950 [1877]. *Excursión Arqueológica en los valles de Santa María, Catamarca, 1877*. Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Lorandi, A.M.,
1997, *De Quimeras, Rebeliones y Utopías. La gesta de Pedro Bohórquez*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Lozano, P.,
2010 [1745] *Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. AHN, Buenos Aires.
- Morong Reyes, G. y Sánchez, E.
2006. Pensar el norte: la construcción historiográfica del espacio de frontera en el contexto de la chilenización 1883-1929. *Diálogo Andino* 27:95-112.
- Palermo, M. Á. y R. Boixadós.
1991. Transformaciones en una comunidad desnaturalizada: los Quilmes, del valle calchaquí a Buenos Aires. *Anuario del IEHS* VI:13-42
- Pringles.
1876 a. Estudios antropológicos comenzados en Salta (nota de La Reforma de Salta). *Anales de la SCA* II:218-221.
- Pringles.
1876 b. Estudios sobre los calchaquíes (nota de La Reforma de Salta). *Anales de la SCA* II: 331-334.
- Quiroga, A.
1893. Calchaquí y la epopeya de las cumbres. *Revista del Museo de la Plata* V:195-196
- Quiroga, A.
1992 [1897] *Calchaquí*. TEA, Buenos Aires.
- Ramírez de Velasco, J.
1587. Carta del gobernador del Tucumán J. 06-04-1587. En Levillier, R. 1920. *Papeles de los Gobernadores del Tucumán en el siglo XVI*, vol 1:207.
- Rubilar Luengo, M.
2015. Prensa e imaginario nacional: la misión social de los actores subalternos regionales durante la Guerra del Pacífico. *Diálogo Andino* 48: 41-53.
- Soprano, P. P.
1896. *Historia de las Guerras con los terribles Calchaquíes, Chiriguano y los Quilmes*. Alberto Monkes, Buenos Aires.
- Tolosa, S.
2021. La Expedición a la Loma Rica revisitada. Contexto, actores e intereses provinciales en su gestión y realización (Tucumán, Argentina, 1877)". *Cahiers des Amériques latines* 98: 213-234
- Tolosa, S.
2021-2022. El rol de lxs turistas en la disputa por los discursos sobre el pasado indígena. El caso de Quilmes, (Tucumán, Argentina). *Ayana. Revista de Investigación en Turismo* 2:40-55
- Torreblanca, H. de.
1984 [1696]. *Relación histórica de Calchaquí*. Transcripción de Piossek Prebisch, Teresa Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires.
- Trelles, M. R. (ed.).
1859. *Reducciones de indios. Registro Estadístico de Buenos Aires, Población*. Imprenta de La Tribuna, Buenos Aires: 69-88.
- Trillo Auqui, G.
(2015). Buenos Aires y la Guerra del Pacífico. Actores subalternos en la ocupación de Lima. *Diálogo Andino* 48: 55-64. <https://dx.doi.org/10.4067/S0719-26812015000300006>
- Zamora, D. y Martinez, M.S.
2023. Territorios en disputa. Antofagasta de la Sierra en la cartografía histórica, Puna de Atacama (siglos XIX y XX). *Diálogo Andino* 70:321-334. http://dialogoandino.cl/wp-content/uploads/2023/10/22_Zamora-F.pdf